

“LA REBELIÓN DE LOS ARADOS” —fuentecilla—

Me acordé de los del 25 de marzo. Mi padre fue uno de aquellos héroes...

*

En un lugar de la provincia de Badajoz, primeros meses de la Guerra Civil.

Los culatazos de los fusiles sobre la puerta resonaron en el interior de la casa como un doblar de campanas a muerto que heló la sangre de los moradores de tan humilde vivienda.

*

Meses atrás, madrugada del 25 de marzo de 1936.

—Pero hijo, acaso no ves que eso es como firmar una sentencia de muerte. Esos señoritos no se van a quedar cruzados de brazos cuando toméis sus tierras al asalto.

—Serán sus tierras en los papeles de la notaría, padre, pero **miré** mis manos; cada uno de estos callos y ampollas son horas de trabajo para sacarle un fruto a la tierra del que solo recibimos migajas y dolor. Fíjese en usted, que tiene la espalda **echa** trizas de tanto como la ha doblado vendimiando y espigando en las fincas de esos caciques a cambio de un mísero jornal, tierras que ellos no pisan jamás, pues su trabajo es estar despanzurrados en los sillones de sus lujosas casas o en las butacas del casino, donde bien sabe que no podemos poner un pie, porque nos lo prohíben terminantemente y porque no tenemos dinero ni para tomarnos un vino de pitarra. Las palmas de mis manos y las de mis compañeros son las cédulas de propiedad sobre las fanegas que regamos con nuestro sudor, que solo nos falta ararlas con nuestras uñas.

—Todo lo que dices es bien cierto. Pero los ánimos están muy caldeados y veremos a ver cómo acaba esto... No **le** deis una sola razón a los terratenientes para que os echen encima a los guardias civiles o a los guardias de asalto. Esos perros rabiosos os molerían a palos, o peor aún si la cosa se pone fea; son ligeros de gatillo, hijo. Prefiero morirme antes de que te maten.

—No se preocupe, padre; ni se va a morir ni me van a matar. Y usted, madre, quédese tranquila, que no vamos a ser cuatro gatos, sino miles. Calculamos que serán unos ochenta mil los jornaleros que **saldremos** a tomar esas tierras, de **la** que se adueñaron hace siglos los antepasados de quienes ahora dicen ser sus dueños por razón de cuna. Si llenamos los latifundios de jornaleros y le echamos coraje, no habrá quien movilice un solo **fúsil** contra nosotros; ninguna autoridad querría tener en su conciencia una matanza así. Nosotros defenderemos lo que creemos que nos pertenece. Y lo haremos de manera pacífica, arando esas tierras. Esto va a ser como una rebelión de los arados.

—Ya vemos que nada podemos decirte para que abandones esa loca idea, ¿verdad?

“LA REBELIÓN DE LOS ARADOS” —fuentecilla—

—Si no estuviera del lado de mis compañeros, no sería capaz ni de mirarlos a la cara ni de mirarme al espejo para afeitarme. Yo no soy un cobarde.

—Lo que todos sois es unos temerarios, y los cementerios están llenos de ellos.

—Toma, hijo, la barjuleta. Ahí llevas comida, que la lucha con la barriga llena se hace menos pesada.

—Gracias, madre. Y guarden cuidado. Ya verán como no ha de pasarme nada.

*

El hombre recibió un tremendo empujón al abrir la puerta. A la esposa le propinaron una patada en el costado cuando se acercó a su marido. Las caras de los soldados que se presentaron en su hogar eran del todo desconocidas para el matrimonio. Después de unos segundos, cruzó el vano de la entrada un miembro de la Falange a quien no habían visto en su vida. Tan bien uniformado y pistola en mano, les pareció un gigante que estaba dispuesto a devorarlos.

— ¿Dónde está Gilberto Moreno?

—Soy yo, señor, para servirle a usted y a Dios.

—Más bien le vas a servir al diablo. ¿Tú eres Gilberto Moreno Fuentes?

—Sí señor, ahí tengo mi documentación. Puedo demostrárselo. Aquí no ha habido ni habrá otro que se llame así. —Dijo, mirando a la esposa con angustia.

—Yo le creía más joven, pero la edad no le va a salvar.

Lo arrastraron entre dos soldados. Fue subido a empujones a un camión, donde se cruzó con la mirada de una decena de hombres, algunos de ellos compañeros de sus hijos en la rebelión del 25 de marzo. Él los miró suplicante, para que no abrieran la boca.

Horas más tarde, el viento avicinó desde la tapia del cementerio los ecos de los disparos. La viuda lloró durante toda la noche de manera desconsolada, abrazada a la foto de su hijo —había huido apenas estalló la guerra—, quien llevaba el patronímico del padre por tradición y los mismos apellidos porque marido y mujer eran primos hermanos.

*

Aún tengo la suerte de poder abrazar a diario a mi padre, y siendo ya tan mayor, aún continúa siendo mi héroe.